

Anexo 2

Vivir un tiempo distinto

El psiquiatra austríaco Viktor Frankl dijo que **«Hay mucha sabiduría en Nietzsche cuando dice: quien tiene un porque para vivir puede soportar casi cualquier como»**. La plenitud de nuestra vida no está en lo que conseguimos o podemos alcanzar, sino en el motivo que mantiene nuestra vida en marcha.

Para muchos su vida se acaba cuando alcanzan sus metas o logran sus propósitos inmediatos, y luego se les desinfla el entusiasmo como un globo después de un día de cumpleaños. Cuando no tienes un motivo que trascienda el tiempo y el espacio, o la disponibilidad del corazón para **«sentir y gustar»** el camino, tu vida se vuelve insípida y tu caminar pesado.

¿Por qué ocurre que cuando alcanzamos **“eso”** que parecía tan motivador y desafiante, luego perdemos interés?

Cuando nuestros motivos para vivir engarzan con el propósito de Dios, acontece algo distinto, porque vivir anclado en el **«kairos»**, pone a la existencia humana en un nivel distinto de tiempo: comprendemos nuestra vida. No es el tiempo cuantitativo lo que cuenta, como lo plantea el **«cronos»**, sino el tiempo cualitativo del kairos que valora cada paso, cada avance y también cada retroceso, tropiezo o extravío. El **«cronos»** señala metas y conquistas que desaparecen luego, como el hielo cuando llega el sol de la primavera. Debemos situarnos en el **«Kairos»**, ese tiempo oportuno en el que percibimos la vida como un don que debemos apreciar, disfrutar y compartir. En el **«Kairos»**, que es el tiempo de Dios, se consigue un **«porque»** que hace que soportemos casi cualquier **«como»**.



La fe nos da una perspectiva más amplia de la vida que las metas inmediatas y nos permite tener una visualización creativa sobre la realidad; y para crear hace falta creer. El motivo de nuestra vida no es como la **«zanahoria del burro»** que mueve a la bestia de un lugar a otro. Tampoco puede ser como un tren de alta velocidad urgido por llegar a su fin sin disfrutar y apreciar la belleza del paisaje que va recorriendo. La vida es este tiempo, regalo de Dios, el que aprendemos a disfrutar el “aquí y ahora”, sin perder de vista hacia dónde vamos.

Recibir el evangelio

Si preguntáramos a muchos de los que reciben misioneros en sus casas, si de verdad con esa visita recibieron el “evangelio”, es decir una buena noticia ¿qué respuestas recibiríamos? Recordemos que Evangelizar viene de la palabra Evangelio que significa Buena Noticia.

En la misión de los 72 discípulos (***Evangelio de Lucas 10,1-11***), Jesús les informa acerca de **“la realidad”** a la que son enviados, les da indicaciones sobre qué llevar y también instrucciones sobre cómo actuar. Enseguida les ubica en “la casa” donde llegarán. Esta casa puede ser la mía, la de mi vecino, o de cualquier persona que vamos a visitar.

En **“estas casas”** podemos encontrar muchas personas necesitadas de consuelo, de comprensión, de salud física y espiritual, porque viven situaciones conflictivas, difíciles, complejas. Esperan un Señor misericordioso.



Sin importar cuál sea la realidad en **“esas casas”**, estamos llamados a llevar la buena noticia, el Evangelio de un Dios que ama gratuitamente y sin condiciones. Por eso, la primera indicación de Jesús, muy llamativa, es llegar **“a los hogares”** como una **“bendición”**, sin prejuicios ni discursos preparados; con palabras de bondad, humildes, desprovistas de imposiciones y leyes, con entrañas de misericordia. La consigna es hacerse uno con los que allí habitan, respetándolos y acogiéndolos en su ser. El Reino de Dios llegó hasta ellos en los misioneros que los visitan.

La no acogida del Reino de Dios es una pérdida para aquellos, que pudiendo descubrir y acoger la paz y la misericordia del Padre, se niegan a abrirse a esa experiencia. Por ello nos disponemos, con pasión y creatividad, para seguir sembrando, porque **“la cosecha es abundante, pero pocos los obreros”**.

Jesús fue buena noticia, bendición, porque estaba profundamente convencido que Dios es Padre bueno; para Jesús Dios era el Abba. Él andaba por Galilea, entrando en **“las casas”** y en las vidas de las personas que encontraba en el camino, comiendo lo que ellos le ofrecían, porque eran pecadores, pobres y enfermos; se hacía querer, los acogía y les devolvía la confianza en el Dios Amor.

Por algo la instrucción de envío de los evangelios dice que al llegar es importante decir **“la paz a esta**



casa”, porque en realidad los que llegan son **“mensajeros de paz y pacificadores”**. Cuando Dios llega a una casa, su reinado se ofrece a los que la habitan.

¿Cómo hacemos presente el Reino de Dios a aquellas personas, hermanas y hermanos nuestros, que viven situaciones de dolor, de soledad, en ambientes hostiles, violentos, agresivos, inmisericordes? ¿Cuál es la verdadera actitud misionera, el comportamiento que hará presente a Dios Padre en medio de ellos?